



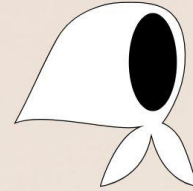
**LGBTQ+**



***"IDENTIDADES, DIVERSIDADES Y DERECHOS"***



**CONCURSO  
LITERARIO 2025  
ISP 8**



**RELATOS  
GANADORES 2025**



## SUMARIO

<i>“Trans-citar” de Maximiliano Canteros</i> .....	<i>página 2</i>
<i>“Donde mueren las musas” de Rebeca Leticia Albizu</i> .....	<i>página 3</i>
<i>“Seguramente” de Magalí Coronel</i> .....	<i>página 5</i>
<i>“El límite” de Eliana Ríos</i> .....	<i>página 8</i>

### ***Trans-citar***

Vivo en una cárcel que es mi cuerpo, jaula de piel heredada, transformada, hecha mía. Un cuerpo que no es más que un disfraz de quién soy en realidad. Esta piel, estos huesos, estos músculos, mecánica funcional de mi identidad ¿Pero es mía en verdad si no tengo la autoridad para poderla transformar? ¿Debo dejarla como está porque dicen que siempre será como llegó a la realidad? Esclavizado por los pensamientos, pulsos electrónicos de quién soy. Insultos, voces, vibraciones en el aire que retumban en los corredores de este sótano que soy. Veo el mundo desde las ventanas de esta mazmorra, sorprendido e intrigado, descubriendo proyecciones que remiten a un mundo ideal; ojos de buey que muestran el desorden que se carga por dentro. Se manifiesta por fuera. Genotipo del fenotipo alterado, proyecciones del inconsciente.

Soy lo que hago de mí. Me destruyo y me construyo, me desmorono y me creo otra vez. Soy esta y ya no este. Mientras miro ese cielo a lo lejos, por las grietas de este cuerpo en construcción. Soy parte de esta creación, de ese cielo, del que un día provine y no sé volver.

**Texto premiado en puesto N° 3 (compartido)**

**Autor: Maximiliano Canteros de 4º año de Profesorado de Educación  
Secundaria en Biología**

### ***Desde que llegó... Donde mueren las musas***

Desde que llegó a ese lugar –clínico, aséptico e incoloro– donde prometían ayudarla a “sentirse mejor”, sin saber qué significaba 'estar mejor'. Solo le habían dicho que debía evitar sus pensamientos macabros, esos que cualquier otra mente consideraría inaceptables, nunca volvió a ser la misma.

Todo empezó con una o dos pastillas, la hacían atontar y dormir sin soñar, apagaban su cerebro que parlotaba sin parar. Un día, sus ojos se posaron sobre una hoja blanca frente a ella. Estaba bloqueada, sin saber qué pintar. Ya no sentía nada. No había nada que mostrar de su podrido interior. Había perdido su musa: aquella oscuridad repugnante y latiente de angustia fue aplastada y asesinada por los químicos que se suponía debían mejorar su ánimo

Ya no sabe escribir, leer ni pintar, las manos que alguna vez fueron de ella ahora son incapaces, torpes y desconectadas de la razón de su existir; el rostro —ese que una vez llamó suyo— ahora le devuelve una mirada sin alma, sin vida, desde el manchado espejo.

¿Esto es lo que se siente morir en vida?

En el afán de alcanzar una felicidad correcta y una vida “normal”, siguió el camino que su psicóloga trazaba con firmeza: no debía pintar sombras oscuras, esas que la acechaban de noche y se escurrían por su oído hasta invadirle el cerebro.

Pero, ¿cómo se puede olvidar algo tan arraigado a su ser? ¿Cómo borrar lo que resulta natural en un cuerpo pútrido? En ese intento por adaptarse, se perdió a sí misma. Perdió su norte y, con él, su más grande inspiración: un dolor tan profundo y antiguo que parecía haber nacido con ella, como un parásito incrustado en lo más recóndito del corazón.

Sus pinturas, antes oscuras, viscerales y confesionales, revelaban sus secretos y deseos más perturbadores. Las que hoy salen de sus manos se sienten ajenas, sin dueño, sin vida ni propósito. Obras que representan con exactitud el vacío que ha quedado tras la extirpación quirúrgica de aquello que alguna vez la habitó.

Ahora, revestida de un blanco clínico impuesto, ha perdido la sombra que le daba forma. Aquella fantasía lóbrega que alguna vez fue suya, ahora está desaparecida, dejando abandonada a la pobre chica que solo quería sentirse mejor y simplemente

se trajo más dolor, un dolor que no se puede ir y hace que se lamente a pesar del bien que le trajo.

Aun así, cada día intenta. Espera. Ruega en silencio que su inspiración marchita regrese. Y parece que, muy lentamente, algo comienza a moverse.

Algo sale de su

escondite. Se arrastra

por la oscuridad.

Y busca, de nuevo, el camino de regreso a casa.

**Texto premiado en puesto N° 3 (compartido)**

**Autora: Rebeca Leticia Albizu de 2º año “B” de Profesorado de Inglés**

## **Seguramente...**

Seguramente no es tan divertido que te metan esto como que te metieran otra cosa ¿no?, me decía con una risita asquerosa aquel médico, gordo y pelado, desagradable, con su voz cargada de malicia, mientras me introducía por la vagina 6 pastillas de Misoprostol, de manera totalmente ilegal.

Mientras tanto, mi vieja esperaba al otro lado de un biombo, una débil estructura movable que para nada garantizaba privacidad y mucho menos aislaba el sonido. Sin embargo, soporto en silencio el destrato, la ironía y el verdugueo físico y verbal que yo estaba sufriendo acostada en esa camilla.

No puedo culparla, yo era demasiado niña, rebelde, impulsiva, imprudente, inconsciente y dramática y llevaba el acelerador del crecimiento pisado a fondo...pero es que así había aprendido a vivir, a mirar las relaciones, a comprender el mundo a base de verla llorando una vez tras otra, sufriendo por la realidad que nos tocaba vivir, la plata que nunca alcanzaba, un tipo que la había dejado con tres hijos sola, y sus sueños y proyectos truncados por la maternidad...sin quererlo me estaba enseñando a ser una mujer frágil, dependiente y emocionalmente torpe e inmadura. Pero ella no lo sabía, tenía en ese entonces la misma edad que tengo yo hoy, pobre mi vieja, imagino su desesperación, su incertidumbre y el peso terrible de tener que decidir siempre sola, por mí, por mis hermanos y ahora también por la diminuta vida que habría de terminar con este aborto.

Aborto antes, y también ahora, un sinónimo de pecado, de vergüenza, de asesinato y suciedad...clandestinidad que puso en riesgo mi vida, ofreciéndola a métodos sanguinarios y crueles, porque mi insensatez me había hecho merecerlo.

Suerte la mía, la nuestra, cuando mi buena tía Betty dio con este ginecólogo, en aquel consultorio de lo más normal, en una blanca esquina, con ventanas y cortinas, bien iluminado, cerca de la plaza de los constituyentes. Suerte, porque no me iba a cortar con tijeras ni me iba a dar de tomar complicados brebajes de orégano y otras mentiras. Suerte porque mi mamá había podido reunir la suma de 500 pesos prestados, que en aquel momento era mucho. Suerte que la familia del joven padre en cuestión había acordado pagar la mitad, con tal de resolver el problema. Suerte porque al fin, después de muchas vueltas, habían encontrado una coartada que

simularía una consulta de rutina y más suerte aún porque podría recluirme en casa de mi tía a sangrar y a retorcerme del dolor en las tripas sin que nadie se enterase, ni mis hermanos, ni mis amigas.

De él, de ese muchacho que creí amar por primera vez, solo recuerdo sus ojos negrísimos, el timbre raro de su voz y su bronca, su desprecio hacia mi persona, disfrazado de amor bueno, de protección, con el inocente e infaltable ingrediente de los celos. Tonta, ridícula y puta eran sus halagos preferidos...yo no sé cómo había podido entender tan mal lo que significaba amar. Se quedó a mi lado, para comprobar que todo estuviera correctamente acabado, para continuar su vida de excesos y despreocupaciones, sabiéndose libre, sin ataduras, fuerte y bien macho su voluntad realizada.

De lo que sucedió nunca más se habló, mi madre jamás volvió a pronunciar la palabra aborto, como si fuera una mala palabra o le recordara quizás algo de su propia responsabilidad.

Yo viví, sobreviví, al abandono de un padre, a las muchas y muy diferentes necesidades de la infancia, a una madre depresiva, al maltrato de un novio, al cercenamiento de una vida dentro mío, a la censura de mis deseos, a la extranjería con la que me tocó desde siempre habitar este mundo...sobreviví al clonazepan y a curanderos manochantas, que buscaban sacarme lo malo de adentro, con jabones y agua bendita, desatándome nudos invisibles de mi cuerpo con sus manos libidinosas,...y sobreviví años después a la pérdida de un hijo muy deseado, al raspaje inevitable de mi útero y mi alma.

Mi alma, mi alma vieja, que todo lo banca, que todo lo transforma, que guarda más experiencias de las que quisiera y que a veces desborda de tanto sentir.

“Gracias a la vida, que me ha dado tanto” y que al quitarme y golpearme me enseña brutalmente a reponerme y a descubrir lo importante escondido para perdurar.

Gracias a mi madre por defender mi vida a costa de cualquier cosa, a mi padre por negarme, a mi novio por humillarme, al doctor por burlarse de mí, a mi tía por su complicidad incondicional, al niño que no pudo ser, al niño que no supo crecer, gracias a la sociedad por el escarnio, por la falta de empatía y porque lentamente pareciera que comienza a despertar...gracias a la luz y a las sombras que me

habitan y al amor...por darme el fuego necesario para quemarlo todo y empezar de nuevo una y otra vez.

**Texto premiado en puesto Nº 2**

**Autora: Magalí Coronel de 2º "B" de Profesorado de Educación Inicial**

## El Límite

Cuando se paró sobre los pedales para pasar la vía, miró hacia abajo y se dio cuenta de que todavía llevaba las zapatillas rotas que usaba para las tareas de jardín. Después del desayuno se había dedicado a quitar las hojas secas de las cañas del cerco y algo de barro y yuyo seguía adherido a su ropa. «Qué más da ¿quién se va a fijar?»

Las salidas de compras en bici daban respiro al prolongado confinamiento. Aunque no lo manifestara a viva voz, Lisa no compartía el trauma colectivo que suponía tener que quedarse en casa. Era consciente de que gozaba de condiciones privilegiadas: cuando no iba a la oficina, podía trabajar desde su casa; internet la contactaba con el mundo; su marido, los gatos y el perro le daban toda la compañía que necesitaba y además, el jardín y la huerta constituían su cable a tierra literal y metafórico, esa cuarta dimensión donde el espacio y el tiempo dejan de importar. Para ella, la falta de vida social resultaba más un alivio que una condena.

Roldán, a pesar de ser unas de las poblaciones que orbitan la *nuncadurmiente* Rosario, era un lugar relativamente tranquilo donde vivir, sobre todo desde que se había decretado la prohibición de las reuniones sociales por la pandemia. Un chaparrón madrugador había dejado charcos aquí y allá, pero ahora el sol brillaba sobre un día limpio como el primero de la creación, los colores vibraban nítidos y el aire se respiraba transparente.

Decidió ir hasta El Límite, un minimercado ubicado sobre la ruta donde se conseguía la yerba orgánica que le gustaba. Quedaba justo en el límite entre Roldán y Fisherton, algo más lejos que su lugar de compra habitual. No iba muy seguido porque el local siempre le daba algo de claustrofobia. Era un oscuro laberinto borgiano de góndolas, que sólo dejaban entre sí espacio suficiente para que circulara una persona. La distribución de productos no seguía ninguna lógica evidente, y ella siempre daba muchas vueltas entre los abarrotados pasillos antes de dar con su presa de caza. Tenía la sospecha de que cada vez que iba, los productos y góndolas habían cambiado su orden de distribución. Incluso, hasta le parecía que góndolas y productos cambiaban imperceptiblemente mientras ella

estaba allí adentro, como si por algún oscuro encantamiento, jugasen a las escondidas con ella.

Encadenó la bici a un árbol junto a una hilera de Hilux que anunciaba con prepotente rotundidad la presencia de otros clientes. Mientras se acomodaba la mochila a la espalda y se subía el barbijo a la altura de la boca, se entretuvo observando un hornero que amasaba barro en el cantero. Le fascinó su desparpajo, tan ensimismado en su labor, ajeno a tanto asfalto y motor echando humo por la ruta. Hasta ese momento la cotidianeidad, esa bestia ancestral imperturbable, había bostezado su habitual orden de las cosas.

Entró al local parpadeando para adaptar la vista a la penumbra. No se acordaba si había casilleros para dejar la mochila, no los vio a simple vista así que después de una breve vacilación se lanzó por el pasillo de la izquierda, donde algunos cajones apilados exponían verdura de estación, enfrentando una góndola con escobas y trapos de piso. Anduvo y desanduvo los pasillos, haciéndose finita cada vez que otro cliente pasaba en sentido contrario, hasta que al fin descubrió la yerba buscada, custodiada por un lado por pickles y aceitunas y por el otro por latas de atún y caballa.

Completado su objetivo principal, se paseó como por el bosque, mientras oteaba las estanterías por si recordaba alguna otra cosa que necesitara. Eligió un vino, agarró una lata de champiñones y luego la dejó otra vez en la estantería. En un recodo, dio de lleno con un mostrador de panadería. Un grupo de clientes, sin guardar ninguna distancia, esperaba ser atendido. Un montón de rostros desnudos giró para mirarla pero nadie respondió a sus *buenos días*. Probablemente no la habían escuchado, entre la música tecno que sincopada por los parlantes y el barbijo era difícil hacerse oír.

«¡Qué situación de mierda! se supone que mi deber es denunciarlos por incumplir las normas de seguridad bajo pandemia» La idea de la delación le removía el estómago. «Ni ahí... ya toda la situación de confinamiento huele suficientemente a toque de queda como para que encima empecemos a delatarnos entre vecinos.»

Sacó un número y esperó su turno algo separada del resto. Mientras, se movió tímidamente al son de los tambores electrónicos. La música la transportó, de pronto fue un Zorba el Griego que conjuraba con su danza todos los males del mundo. Las miradas torvas que la dueña del local le echaba desde detrás del mostrador la devolvieron al aquí y ahora.

Pidió pan y una rosca mantecosa. Con la cesta saciada se dirigió hacia el final de la cola formada tras la única caja disponible. Había unas cinco personas delante de ella, por lo que dejó la cesta en el suelo y se dispuso pacientemente a esperar su turno. Trató de entretenerse leyendo los paquetes de los productos que la rodeaban, pero la trama de ninguno de ellos llegó a atraparla. Desde los parlantes uno de esos cantantes llorosos modulados por el AutoTune puchereaba un reguetón machacante. Esta vez la música no inspiró ninguna danza ritual, sino que le provocó un irresistible deseo de arrancarse los oídos para ofrecerlos a Apolo.

Una lata de aceite con un paisaje de olivos dibujado, hileras de olivos centenarios, soles de justicia y heladas quemantes, moscas cojoneras vibrando la siesta ¿había vivido esa vida? Un empujón sin contemplaciones de la dueña la volvió al mundanal presente de las transacciones comerciales. «Pero, ¿qué le pasa a esta mujer? No piso más este lugar por más yerba orgánica que haya.»

El último cliente ya estaba en la caja y descargaba sus lamentaciones con el cajero: «Atendeme... pura mentira orquestada por los zurdos para tenernos encerrados y vender vacunas ¿acaso no vino la peste de China? Es cosa de los comunistas. Attendeme... los comercios y fábricas cerradas, nos van a llevar a todos a la ruina...» El cajero asentía y metía los productos en bolsas, mientras el consternado cliente seguía y seguía con su perorata.

Cuando al fin se fue, el silencio se apoderó del lugar, los parlantes callaron un silencio cómplice. Lisa no se percató del sutil cambio atmosférico que se había producido en el local, solo sentía cierto alivio subconsciente a nivel auditivo. Sonriendo por los ojos una sonrisa de *porfinmetocami*, posó la cesta sobre el mostrador de la caja y dispuso la mochila a sus pies, ya que el resto del mostrador

estaba abarrotado de cajas con chupetines, paragüitas de chocolate, bolsitas con caramelos de goma y otras tentaciones prodiabéticas.

El pibe de la caja atendía absorto a su celular. Sin siquiera mirarla ni explicar nada, se levantó y se fue perdiéndose tras las góndolas. Lisa se quedó algo sorprendida y molesta, tenía ganas de salir ya de aquél lugar oprimente. Respiró hondo: «Es cuestión de tener un poquito más de paciencia; le habrá surgido alguna urgencia; ya volverá» Mientras esperaba se dio cuenta de que estaba completamente sola, a tres pasos de la puerta de salida. Tuvo el impulso de dejar todo e irse, pero le daba pereza tener que ir a otro lugar a hacer la compra. Tras una espera que le pareció eterna, el pibe volvió y otra vez sin mirarla ni emitir una palabra comenzó a pasar los productos por el lector magnético y meterlos en una bolsa.

«Por favor no lo pongas en la bolsa, -dijo Lisa- yo los guardo en la mochila.» Lisa es una de esas personas que se preocupan por el medio ambiente, aunque al resto de la humanidad le da igual, como si la basura plástica desapareciera por arte de magia, como si en los mares no flotaran pesadillescas islas de botellas y envases desechables, como si las montañas de basura en el volcadero no invadieran cada vez más terreno, como si ríos y mares no estuvieran cada vez más contaminado, como si no tuviéramos ya todos microplásticos corriendo por las venas. Sabía que su contribución individual era como una lágrima en la lluvia, pero de todas formas, nunca aceptaba bolsas de plástico y siempre iba a hacer los mandados con su mochila de compras.

Terminó de guardar las cosas y le pasó la tarjeta al cajero para pagar. Éste cobró, y sin devolverle la tarjeta le dirigió sus primeras palabras: -Mostrame lo que hay en la mochila. -¿Perdón? -Que me muestres lo que hay en la mochila. Lisa se puso morada de rabia, nunca llegaría a acostumbrarse a que los comerciantes se consideraran con derecho a tratar a cualquier cliente como a un potencial ladrón. Lo peor era que la mayoría de las personas lo aceptaba como algo normal, pero para ella era intolerable. «Piensa el ladrón que todos son de su condición», recitó para sus adentros. Pero no estaba para iniciar batallas dialécticas con el zombi de la caja, por lo que poniendo la mochila dentro de la cesta vacía le soltó: -Dale, mirá lo que

quieras. El pibe, flemáticamente, volvió a sacar todos los productos del bolso y los comparó con el ticket que tenía en la mano. -¿Te falta mucho?, le preguntó Lisa mosqueada. «Ya está bien, mezquina raza de comerciantes peseteros, siempre redondeando a su favor, siempre quejándose de lo mal que les va mientras remarcan y vuelven a remarcar precios por si acaso.» -¿Qué, estás apurada?, graznó la dueña del local desde la puerta. El enorme volumen de la mujerona se recortaba a contraluz abarcando todo el umbral. No podía verle el rostro en la penumbra, sólo la masa vaporosa de la permanente teñida color tipo alambre de cobre, dejaba traslucir algo de los rayos del sol. Con las calzas metidas en botas de caña alta y la parca militar, a Lisa le recordó uno de los enormes agentes de la historieta *Ministerio*, que a su vez estaban inspirados en los agentes de la SS. -La verdad es que sí, respondió Lisa, no veo a qué viene tanta historia. -Está todo ok, dijo el empleado de la caja mientras volvía a poner todo en la mochila. Le devolvió la tarjeta y Lisa se dirigió a la puerta para salir. La mujerona no se movió. -¿Me dejás pasar? La tipa siguió sin moverse y le soltó -A las loquitas como vos las tenemos caladas, dijo. Viven de lo que el gobierno nos saca a los laburantes y encima vienen acá con la cara tapada a ver qué pueden mangar.

La indignación le subió a Lisa por la garganta como un vómito. ¿Quién se había creído esa mujer para tratarla de esa manera? Lisa era menuda, de metro sesenta de estatura, y la tipa le sacaba una cabeza, pero no se amilanó, Arrastró cada palabra: -Tal vez a tu mente retrógrada le cueste procesarlo, pero escucháme bien: por suerte, nunca tuve que robar para comer. Ahora, ¡dejáme pasar tilinga resentida! Más tarde, el dios todopoderoso de la Autocrítica le recriminaría estas últimas palabras alegando que no eran propias de una persona de su posición, «Pero, ¡qué mierda!... su actitud zen tenía un límite.» Nunca se imaginó lo que vendría a continuación. El empujón la tomó totalmente desprevenida, con el peso de la mochila a la espalda trastabilló golpeándose contra el extremo del mostrador de la caja registradora. El empleado permanecía impertérrito a su lado sin decir esta boca es mía. Sintió pánico. De pronto se dio cuenta de que se encontraba sola a merced de dos energúmenos con claros síntomas de psicopatía. -Agarrála, mandó la mujerona. El empleado le retorció un brazo a la espalda inmovilizándola contra el

mostrador. Con desesperación, Lisa vio cómo la tipa cerraba la puerta del comercio. Luego se acercó e inclinándose hacia ella le habló a pocos centímetros de la cara - Ninguna planera me va a venir a insultar a mi comercio, dijo la tipa echando espuma por la boca. Pudo sentir su aliento rancio aún con el barbijo puesto. El cachetazo llegó también sin anunciarse y le dejó los oídos zumbando. A continuación la tipa le arrancó el barbijo, quemándole las orejas con la fricción que hizo el elástico antes de soltarse. -Ahora veo tu cara de *cuca* chora. Si venís otra vez por acá te vas a arrepentir, continuó la tipa incorporándose. Pero el cachetazo, lejos de amedrentarla, le había dado un subidón de adrenalina que transformó su miedo en rabia ciega. Cuando Lisa se dio cuenta de que su captor aflojaba el gancho del brazo a su espalda, aprovechó para pegarle una patada en el estómago a la mujerona. Con el impulso logró zafarse de su captor y corrió hacia la puerta, que por suerte no estaba cerrada con llave. La mujer la alcanzó justo en la salida y le puso la traba volviéndola a empujar por la espalda. Lisa cayó de bruces sobre la vereda de cemento. Durante la caída, se soltó una de las correas de la mochila y ésta cayó también a su lado desparramando parte de su contenido.

Aturdida, mientras intentaba incorporarse, vio que se acercaban unos borceguíes policiales. El agente la tomó del brazo y la ayudó a ponerse de pie. -¡Dra. Costabrava!, la reconoció el agente sorprendido. -¿Se encuentra bien? Nos reportaron un robo desde este comercio. La mujerona, que no podía oírlos, gritaba desde la puerta: -¡Ahí la tienen! ¡Llévensela!

Lisa aún con el corazón desbocado reconoció a su rescatador. -¡Evaristo!, no sabe la alegría que me da verlo... No, no hubo ningún robo, pero quiero presentar cargos contra esa mujer por agresión, intimidación y privación de la libertad. El agente, que de no ser por el barbijo se diría que estaba boquiabierto, miró a la mujer de la puerta que continuaba vociferando. Lisa siguió: -Y habrá que clausurar el local por incumplimiento del protocolo de seguridad en pandemia... e incautar las grabaciones de las cámaras, seguro que tienen todo grabado los zopencos...-Si, pero... dudó el agente, para eso tenemos que llamar a la Técnica, y necesitamos una orden... -¡Llame a quien haga falta! Lisa ya había vuelto a encontrarse a sí

misma. -No se preocupe de nada, yo me encargo del papeleo. ¿Sabe qué juez está de guardia? -Creo que la Dra. Echeverría. -Bien, ahora mismo la llamo. La orden será enviada directamente a sus superiores. Mientras tanto, usted y su compañero procedan. Yo asumo toda la responsabilidad. -A la orden Dra., respondió el agente dirigiéndose al patrullero. Pero antes de llegar a donde estaba su compañero, el agente dio la vuelta y le alcanzó un barbijo. -Tenga. Siempre llevo uno de repuesto. -¡Gracias! El que llevaba puesto me lo arrancaron allá adentro. El agente se volvió a mirar la mujerona de la puerta, que mientras tanto, había parado de gritar y los observaba con el ceño fruncido.

-¡Ah! Me olvidaba, se acordó Lisa, al eunuco de adentro también hay que detenerlo. -¿Al qué? -Disculpe, quise decir al empleado del comercio, un pibe de veintitantos, metro ochenta... cara de naípe. Apure, apure antes que se le escapen. Yo me quedo a esperar a la Técnica y después voy a comisaría para la declaración. -Eh... También tienen que hacerle foto a sus heridas, dijo el agente señalando la rodilla derecha de Lisa. Con la tensión, no se había dado cuenta de que tenía la pernera del pantalón rota a la altura de la rodilla y que ésta sangraba profusamente. Al caer se había cortado con los filos del cemento roto. El agente, sin agregar nada más, miró a su compañero y señaló a la mujer de la puerta con un movimiento de cabeza. Acto seguido, se dirigieron a detenerla.

Luego de hablar con la jueza y asegurarse de que todo siguiera su curso legal, Lisa observó desde lejos como se llevaban a la dueña del local y al empleado en el patrullero. La mujerona aún echando espuma por la boca y el empleado mudo como siempre, como si la cosa no fuera con él. Ver aquello no le causó ninguna satisfacción. «¿Cuáles son las semillas del odio? ¿porqué germinan con tanta facilidad?» Se preguntó qué dirían cuando se enteraran de que habían amenazado y golpeado a una fiscal de la provincia. También se preguntó qué hubiera pasado si ella no fuera un fiscal, sino una chica de la limpieza o cualquier otra persona. ¿La policía le habría creído o siquiera escuchado? Seguro que no. Los policías la respetaban porque la reconocían como autoridad, pero si fuera una más del montón, estaba segura de que otra hubiera sido la historia.

Había estudiado abogacía no porque creyera en la Justicia, sino porque sabía que hacía falta más gente de un lado para equilibrar la balanza. Pero había algo que la hastiaba, en sus 20 años de profesión nunca había conocido a ninguna persona relacionada con un hecho delictivo que admitiera haber tenido alguna responsabilidad en los hechos. Ningún: «La verdad es que la cagué». ¿Qué se puede esperar de un sistema de justicia represivo? Todos tenían su excusa, todos eran víctimas defendiéndose de algo. Al parecer vivimos en una sociedad llena de víctimas, donde los culpables siempre son los otros.

Mientras esperaba a la Brigada Técnica, Lisa descubrió el nido del hornero asentado sobre una de las modernas luminarias led de la ruta. «He ahí otro usurpador haciendo uso indebido de propiedad fiscal y enganchado a la luz», sonrió para sus adentros. Llamó a su marido para decirle que se demoraría por cuestiones de trabajo. No quiso entrar en detalles; más tarde ya lo haría con un armado entre los dedos y Truman ronroneando en su regazo.

Cuando terminó con los requerimientos legales rechazó el ofrecimiento de ser llevada a casa en patrullero y emprendió la vuelta en su fiel vehículo de dos ruedas. Sabía que el ejercicio le ayudaría a descargar la tensión acumulada. Cada pedaleo le escocía en la rodilla. Esta vez no paró como solía, a contemplar el majestuoso liquidámbar que se alzaba junto a las vías a 30 metros del suelo de los hombres, como un milagro. Su follaje otoñal desafiaba la paleta de los impresionistas al captar todas las horas del día, con un juego caleidoscópico de tintes ocres, verdes y oxidados, en un sólo instante de luz y brisa. Pero esta vez pasó de largo sin verlo. Lo que sí vio fue la basura desparramada por la calle, un revoltijo de *tetrabriks*, pañales usados y cáscaras de naranja desfilando justo enfrente de una línea de impecables chalets californianos, rodeados de jardines con árboles desnudos de ramas truncadas y un césped uniforme sin un pastito fuera de lugar. Más allá, se cruzó a un hombre con un niño de unos 7 años que tiraban de un carrito de dos ruedas cargados de cartones y ramas secas.

A través del vapor de la ducha vio en el espejo su cara marcada por el cachetazo. La venda de la rodilla se le había salido con el baño y la herida volvía a sangrar.

Burbujitas blancas, la sangre de la herida reaccionando por el merthiolate, lagrimeó un poco. «¿Cuál será la fórmula?» preguntó al aire, al vapor indiferente «¿Qué tipo de merthiolate para las hemorragias sociales?»

*Arroyo Leyes, 27 de junio 2025*

**Texto premiado en puesto N° 1**

**Autora: Eliana Ríos de 3º año Traductorado Literario y Técnico-científico de  
Inglés**

**¡FELICITACIONES!**